

Alcaldía
Carpeta Personal
de entrega copia a B. Barolauce
15/11/2002 2

Así es y así debe ser: asumir el pasado, y apoyado en el presente, saltar hacia adelante en la búsqueda de un nuevo espíritu para construir el mañana.

El urbanismo y la arquitectura requieren de ese espíritu creador y se deben confundir en una sola voluntad, ser un solo oficio que trabaja, como ya dije, para armar el espacio en que vivimos y descubrir las formas de mirar los horizontes.

No se puede ni se debe separar lo inseparable.

----- + -----

Me enseñaron en la Escuela que la arquitectura se apoyaba en tres grandes valores:

en la función;
la estructura y
la belleza.

Años después, aprendí de la vieja cultura oriental, que la arquitectura es un girón de aire bellamente limitado.

Dos hermosas interpretaciones que me han sido útiles a la hora de enfrentar los desafíos.

Sin embargo, tal vez, la arquitectura es aún algo más.

Pienso, junto a un grupo de profesores de la Escuela de Arquitectura de la Universidad Arcis, en Chile, que ella depende, a lo menos, de cinco dimensiones sustantivas:

la palabra
el tiempo
la materia
el espacio
el destino

La arquitectura debiera responder a esos sustantivos, que trataré de explicitar a continuación:

La palabra. En la palabra está incluido el hombre con su inteligencia, sus anhelos, su cultura, sus necesidades, sus sueños y torpezas.

El ser humano no puede ir más allá de lo que su palabra le permite. Cualquier

idea, cualquier imagen, cualquier pensamiento lleva implícito el ser capaz de expresarlo en la palabra. Si no hay palabra, existe la nada.

La palabra escrita o dicha es la palabra más perfecta, matriz y complemento indispensable de la palabra dibujada.

Una arquitectura hecha palabra, queda sujeta a mil interpretaciones sobre el sentido y valor de la obra. Porque, como dice el científico chileno Humberto Maturana, sólo a través del lenguaje el ser humano puede explicar su experiencia en el vivir y asimilarla a la continuidad de su praxis de vida. El *comprender* es inseparable de la experiencia humana.

¿Por qué la arquitectura- esbozo, proyecto, obra construida- necesita la palabra?

“El lenguaje- nos dice el filósofo- es el hogar del ser”

El ser es la construcción de sentidos: la arquitectura, inseparable de sus construcciones, construye en ella sus sentidos y convoca la palabra.

De ahí, la tradición de afinidades entre arquitectura y poesía: “poiesis” quiere decir obra. Poesía - arquitectura.

Por eso, hacemos también arquitectura, en la palabra hablada y escrita: en el diálogo del taller; en el surgimiento del proyecto; en el dar cuenta de la obra, en el entregarla al juicio de los otros.

La Materia. No puede haber obra de arquitectura si no hay materia. La obra de arquitectura pesa sobre el suelo. Se apoya en él. Se toca con las manos y con el corazón. La arquitectura no es etérea ni se eleva como un globo. Tiene las formas que le dan los materiales de la cual está hecha y que determinan sus luces y sus sombras; sus colores y sus límites, sobre el entorno que la cobija.

Pero si la arquitectura pesa sobre el suelo, ella también va conquistando en el tiempo y en el espacio su propia ligereza: por eso la arquitectura trepa a las alturas, se abre en luces cada vez mayores, se condensa en losas cada vez más delgadas.

En ese sentido, lo incuestionable y sólido de la materia arquitectónica es que debe ser capaz de generar su propio vuelo. De allí, el girón de aire bellamente limitado, de que nos hablan los orientales.

La materialidad de la obra nos habla de culturas, de regiones, de lugares, de

tradiciones, de climas, de fríos y calores.

El Espacio. Crear espacios es la misión de la arquitectura.

Sean ellos espacios cerrados y techados o espacios abiertos al cielo, conformados por la conjugación de los límites de la obra material. No hay escalas para medir los espacios. Pueden ser inmensos o pequeños. Lo que importa es la relación y proporción entre ellos.

Pero también el arquitecto interviene simultáneamente en muchos espacios, reflejo de distintas escalas simultáneas en que habitamos los hombres: desde las de nuestras manos y piernas que actúan a la escala de la habitación, hasta nuestros niveles de caminantes, automovilistas, pasajeros de un avión, en que recorreremos la casa, el vecindario, la avenida, la ciudad completa, o el continente y más allá de los mares.

Por ello urbanismo y arquitectura son una sola cosa que recorre desde la silla en que trabajamos, hasta la mirada desde la montaña sobre la ciudad, allá abajo en el valle, como ocurre en Santiago.

En arquitectura la definición del espacio tiene interpretaciones diversas.

La espacialidad, el don que poseen los espacios, varía de significados a través de la historia; pero siempre mantiene constante su esencia de concepción de **lugar** y la necesidad de nombrar la completitud del espacio.

Sin concebir el entorno, la materialidad, la estructura y la forma, el espacio arquitectónico no hace ni tiene historia. Sin ellos tampoco hay lugar.

El Tiempo. El tiempo corresponde a la historia y al futuro. El tiempo permite que la arquitectura regrese a la naturaleza, que se integre a ella o que muera.

La arquitectura está obligada a soportar el tiempo, pero ello también implica aprender a vivir distintos tiempos: la obra, la plaza, no están congeladas sino que deben convocar a un diálogo con sus habitantes, apoyados por los arquitectos, respetuosos de las obras del pasado pero sin fetichismo. Capaces de acogerlos en los proyectos del presente, de imaginarlos frente a intervenciones futuras.

Sin tiempo no se puede ni mirar ni vivir la arquitectura. Ella es un recorrido que necesita del tiempo para llevarla a cabo.

El tiempo marca los avances de la civilización, de la cultura, de las capacidades con que el hombre resuelve los desafíos de la ciencia, de las inclemencias

naturales, del cúmulo de problemas que acarrea una humanidad sedienta de conquistar el universo.

El Destino. El hombre hace arquitectura con el fin de albergarse y proteger sus actividades.

Sin destino no hay arquitectura. Nadie construye si no tiene un cometido.

Decía antes, que la vida es la construcción de sentidos; la arquitectura es también el sentido de la construcción.

El destino es esa rótula entre arquitectura y vida, en que condensa lo inevitable de la historia y la libertad de la creación.

Las obras tienen o no tienen destino según sea el grado de adecuación para soportar los cambios en las funciones que el hombre, según las circunstancias, les quiere imponer.

Sin embargo hay ciertas construcciones humanas que trascienden al tiempo y al uso y perduran, simplemente, porque son admiradas por sus más intrínsecos valores, más allá del ejercicio de sus funciones.

Es pues, también, una visión del destino de la obra arquitectónica, ser admirada a través del tiempo tan sólo por su belleza y por la forma con que es capaz de interpretar las conductas, capacidades, sueños y valores de una determinada sociedad en un determinado lugar y en un determinado tiempo histórico.

Así, muchas obras de arquitectura hacen historia por sí mismas y se transforman en el rostro vivo de la cultura universal.

Hay pues, de lleno arquitectura, cuándo la obra se vuelve un todo indestructible e indeformable; porque se habla de ella; porque encierra belleza; porque tiene consistencia material; tiene origen en la historia y destino que perdura. Sólo entonces existe de verdad la arquitectura con valor de trascendencia.

En mi vida de arquitecto me ha tocado en suerte trabajar en cuatro planos bien diferentes: